

La mansión Bates

Robert Bloch

Traducción de Ester Mendía Picazo



Libros publicados de Robert Bloch

PSICOSIS

1. Psicosis
2. Psicosis II
3. La mansión Bates

Título original: *Psycho House*

Primera edición

© Robert Bloch, 1990

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-645-2 Depósito legal: B-XXXXXX

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Este libro es para Kirby McCauley,
por si no tiene otra cosa que leer.

Cuando Terry y Mick llegaron a la puerta principal, la luna se ocultó detrás de las nubes.

—¿Lo ves? —susurró Mick—. Ahora ya sabes por qué te dije que trajéramos linternas.

—¿Por qué estás susurrando? —dijo Terry—. Aquí no hay nadie. —Sin embargo, la linterna de Terry se encendió con la misma rapidez que la de Mick.

—Yo no lo tendría tan claro. —Mick localizó la llave más pequeña del llavero, la introdujo en el cerrojo y vaciló.

—¿Tienes miedo? —preguntó Terry.

—Yo no. —La llave giró dentro de la cerradura y la puerta se abrió—. ¿Viene alguien?

Terry miró hacia la carretera.

—Despejado.

Mick asintió.

—Bien. Vamos a entrar, a ver qué se cuece por aquí.

Las dos figuras menudas con pelo corto y vaqueros azules cruzaron el umbral para acceder a la oficina. Ahí, un olor acre a pintura fresca llenaba la oscuridad apenas herida por la luz de sus linternas. Parpadeando, Terry siguió a Mick hasta el mostrador de recepción y entonces se detuvo bruscamente ante la imagen de la forma ensombrecida que se alzaba imponente detrás del mueble. Solo se le veía la espalda.

Ahora fue Mick quien susurró:

—¿Lo ves? ¿Qué te había dicho? ¡Es él!

Terry tragó saliva con dificultad.

—No puede ser.

—¿No? —Mick alargó la mano para pulsar el botón del timbre circular de plata que había sobre el mostrador.

No se produjo ningún sonido, pero entonces, lentamente, la figura que había entre las sombras se giró y se encontraron mirando la cara de Norman Bates.

—Bienvenidos al motel Bates —dijo—. Su habitación está lista.

Sus ojos eran vidriosos y su sonrisa fija, pero solo el tono estridente de su voz lo delataba.

—¡Shh! ¿Cómo han hecho eso?

—Es fácil. No hay un timbre de verdad. Es electrónico. Tienen al muñeco colocado en una plataforma giratoria. Pulsas el botón y salta una grabación.

Terry dio un salto cuando la figura de cera se giró para tomar su posición anterior. Ocultar la preocupación no era fácil.

—¡Así que este es el viejo Norman! ¿De verdad crees que tenía este aspecto?

Mick se encogió de hombros.

—Dicen que Gordi Otto quiere que todo parezca real, ya sabes.

Terry tomó aire, consciente del olor a pintura.

—Debe de haber costado una pasta construir este sitio.

Mick asintió.

—Mi padre dice que Gordi Otto pidió un préstamo al banco. Así, si algo va mal, no sale perdiendo.

Terry barrió las paredes de la oficina con la luz de la linterna y después miró hacia la puerta.

—Pues tú si que vas a salir perdiendo como tu padre se entere de que le has quitado las llaves.

—No te preocupes. Ahora que ya ha terminado con la pintura, no tendrá que volver aquí. Las tenía colgadas de un gancho en el garaje; las cogí anoche y no se fijó en que habían desapa-

recido, así que ¿por qué iba a darse cuenta ahora? Lo único que hace es quedarse ahí sentado, con su caja de seis cervezas, viendo esos asquerosos partidos de fútbol.

—¿Dónde cree que estás ahora? —le preguntó Terry.

—En la biblioteca, haciendo los deberes.

—Apuesto a que sé qué clase de deberes te gustaría estar haciendo —dijo Terry.

—¡Cierra la boca! La biblioteca cierra a las nueve. Será mejor que nos movamos si quieres echar un vistazo al resto.

Mick se giró y se dirigió a una puerta situada en la pared del fondo. Se abrió sin necesidad de utilizar una llave.

—Qué curioso. Creía que solo se podía entrar en las habitaciones desde fuera.

—¡No hay más habitaciones que esta, idiota! El resto son paredes falsas hechas para que parezca que es el motel entero. Mi padre dice que a lo mejor Gordi Otto añade algunas habitaciones más adelante si el negocio marcha bien.

—¿Crees que la gente va a venir y pagar solo para ver dónde hizo esas cosas el viejo Norman?

Mick sonrió.

—Bueno, pues tú y yo hemos venido, ¿no?

—Sí, gratis. Pero no entiendo que alguien quisiera comprar una entrada para visitar una imitación.

—¿Preferirías que el Norman real estuviera por aquí y que viniera a por ti con un cuchillo de verdad?

—Está muerto, todo el mundo lo sabe.

—¿Y qué me dices de los fantasmas?

—¿Y qué tal si te dejas ya de todo ese rollo? No vas a asustarme.

Y eso era verdad. Terry no tenía miedo, ni siquiera cuando entraron en la habitación al otro lado de la puerta abierta. No era más que eso, la habitación de un motel; no tenía nada de distinto aparte del olor a pintura. Mientras miraba la cama iluminada con la luz de su linterna, admitió que daría un poco más de miedo si la verdadera razón por la que habían ido ahí fuera que Mick quería hacérselo.

Pero, vaya, tarde o temprano alguien se lo haría y no había nada de lo que preocuparse; Nila Putnam decía que llevaba casi un año haciéndolo con Harry y que había sido genial desde el principio. Claro que, ¿quién se iba a creer lo que dijera Nila Putnam? Era una mentirosa y superfea. Un tío bueno como Harry no la tocaría ni con un palo de tres metros.

Y admitámoslo, Mick tampoco tocaría a Terry, porque Mick también era una chica. Aunque ya se parecía tan poco a Michelle como Terry se parecía a Theresa. Al menos, con vaqueros y sudadera. Tal vez se dejaría crecer el pelo durante el verano para que estuviera más bonito cuando llegara el momento de empezar a coger el autobús para ir al instituto Montrose en otoño.

—¿Qué haces ahí parada? —preguntó Mick—. Vamos.

La luz de Terry se puso en paralelo con la de Mick cuando cruzaron la puerta del baño y se acercaron a la ducha.

—¿Estás preparada para esto? —le pregunto Mick. Sonaba de un modo extraño y Terry se dio cuenta de qué era: una mezcla de susurros y eco. Las voces siempre tienen eco en el baño, eso lo entendía, pero ¿por qué estaba susurrando Mick?

A menos que estuviera asustándose. Aunque, ¿no había estado diciéndole que no había nada de lo que tener miedo? El viejo Norman ya estaba muerto y allí solo estaban ellas dos.

Pero entonces Mick descorrió la cortina de la ducha y ya fueron tres.

La mujer desnuda que había dentro las miraba con los ojos abiertos de par en par y asustados, las manos alzadas, y las palmas abiertas y hacia fuera para protegerse del ataque de un cuchillo invisible.

No había sangre, pero incluso con los ojos cerrados Terry pudo verlo. No había ruido, pero podía oír los gritos silenciosos.

Se giró hacia Mick antes de abrir los ojos y forzar una sonrisa.
—Ey, menuda estatua, ¿eh?

—No lo es. Es un maniquí, tonta. Mi padre dice que Gordi Otto encargó que lo hicieran en algún lugar especial del Este. Les envió

una fotografía de esa chica tan guapa a la que mataron y mi padre dice que es igualito que ella.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Es que se la tiró o algo? —dijo Terry riéndose.

—¡Qué graciosa! —Pero a juzgar por el tono de Mick, estaba claro que no estaba comparando a Terry con una humorista tipo Whoopi Goldberg—. Mi padre solo era un niño cuando todo esto pasó aquí.

Terry asintió, aunque no le gustó la parte del «aquí». Porque aunque se tratara de un baño falso y la figura asustada de la ducha fuera simplemente de cera, sí que había habido un Norman de verdad, un cuchillo de verdad, un asesinato de verdad y lo del «aquí» era demasiado grotesco. «Aquí», por la noche, en la oscuridad, y oyendo ese sonido de la puerta abriéndose en la otra habitación.

—¿Qué es ese ruido? —Terry agarró el brazo de Mick.

—Yo no he oído nada.

Terry la sujetó con más fuerza.

—¡Calla y escucha!

Durante un momento se quedaron en silencio, después Mick la desprendió de su brazo y se giró.

—Ahí fuera no hay nadie —murmuró.

—¿Adónde vas?

—¿Adónde crees? —Mick miró dentro de la habitación—. ¿Vienes o eres una gallina?

Terry conocía la respuesta a esa pregunta: era una gallina. Pero, de todos modos, fue a acompañar a su amiga. No importaba quién o qué pudiera estar ahí fuera moviéndose sigilosamente por la oficina, se sentía más segura con Mick que con esa chica de cera de la ducha... esa chica desnuda esperando a que bajara el cuchillo.

Cuando Mick alargó la mano para abrir la puerta del dormitorio, Terry le dio una palmadita en el hombro. Su susurro salió rápida y ansiosamente:

—Espera... Apaga la linterna. ¿Y si nos ve?

—¡Ahí fuera no hay nadie! —Mick sonó molesta, pero Terry se fijó en que sí que habló en voz baja y que apagó su linterna antes de abrir la puerta del dormitorio.

La puerta se movió hacia delante, hacia la cálida oscuridad de la oficina. En alguna parte en el extremo más alejado de la habitación, la figura de Norman Bates seguía detrás del ensombrecido mostrador de recepción. Seguía allí, y seguía quieta, ya que no se oía el sonido del movimiento, ningún movimiento de la sombra, ningún cambio en la forma.

Juntas, las chicas recorrieron la distancia desde el baño hasta la puerta de la oficina, que también abrieron lenta y cuidadosamente; solo cuando estuvo abierta del todo y se pudo ver la desierta carretera les pareció seguro volver a encender las linternas.

El aire de la noche también era cálido, pero no arrastraba nada de ese acre olor a pintura y Terry respiró profundamente mientras Mick la conducía al camino que bordeaba la oficina hasta alcanzar el que se arqueaba contra la colina donde se alzaba la oscura casa.

—Eh.

Mick se detuvo y miró atrás mientras Terry hablaba:

—¿Y ahora qué?

—¿Tenemos que subir ahí arriba?

—No, gallina. Si lo prefieres, te llevaré directa a casa y te meteré en el gallinero. —Había enfado en el rostro de Mick, así como en su voz—. Si no fuera por ti, no estaríamos aquí. Cuando anoche te dije que nos coláramos en este sitio tenías tantas ganas que casi te measte encima.

—Jo, ¿es que crees que estoy asustada o algo así? —Terry levantó su muñeca izquierda para mirar su reloj con un movimiento de lo más teatrero—. Si no vuelvo a casa cuando he dicho, a mi madre le dará una hemorragia cerebral.

Ahora fue Mick la que miró su reloj y superó la actuación de Terry frunciendo el ceño a la vez que respondía:

—Aún tenemos mucho tiempo. Solo tardaremos diez o quince minutos en verlo todo. A menos que seas demasiado gallina...

Ahí se le acabó la paciencia.

—¿Quién es una gallina? —reaccionó Terry—. Vamos, pava.

Así que fue como la vieja canción que solía cantar la tía Marcella: «Por el río y atravesando el bosque vamos a casa de la abuela». Con la diferencia de que no había ningún río ni ningún bosque, solo el camino que conducía a las escaleras del porche de la casa en lo alto de la colina. No era la casa de la abuela, sino la de la madre. La de Norman, en realidad, aunque su madre estaba muerta. Y él también estaba muerto. Era la casa la que estaba viva, esa nueva casa.

Terry se sintió mejor cuando se recordó eso. Si había fantasmas estarían en la vieja casa, pero este edificio era completamente nuevo, igual que el motel. Gordi Otto los construyó a la vez y por la misma razón, para sacarles dinero a los turistas. Algo que seguro no conseguiría en un lugar que tuviera fantasmas paseándose por él.

Así que no había nada que temer y, además, iba a verlo antes que nadie y gratis, ¿verdad?

Todo parecía bien dentro de la cabeza de Terry, pero el sonido de protesta de los escalones del porche por debajo de sus pies fue casi como un grito, y el chirrido de la llave girando dentro de la cerradura de la puerta principal produjo un fuerte eco por la colina.

Claro que ahí en la colina no había nadie más que ellas para oírlo, nadie escuchando en el profundo y oscuro vestíbulo cuando entraron.

Las luces de las linternas crearon sombras en las esquinas. *Qué pena que nadie haya inventado un chisme que pueda iluminarte el cerebro igual que una linterna puede iluminar un vestíbulo.* Terry dejó de lado ese pensamiento, deseando que le resultara igual de sencillo arrinconar lo otro que estaba teniendo sobre la oscuridad y las sombras que había allí.

Pero no era fácil, ni siquiera con el olor a pintura fresca que se alzaba a su alrededor para recordarle que esa casa no era la de verdad, la casa de los asesinatos, el lugar donde murió aquel detective y donde vivió la madre de Norman incluso a pesar de estar también muerta. ¿O no lo estaba?

Terry tragó saliva. Más le valía estarlo, porque de lo contrario... Pero Terry no quería pensar en eso, al igual que no quería pensar en el «aquí».

Lo más correcto que podía hacer era echar una rápida ojeada para demostrarle a esa listilla de Mick que no era una gallina, y después largarse corriendo a casa antes de que su madre le diera unos azotes en el culo.

Mick ya estaba apuntando la escalera con la linterna justo delante, en la parte derecha del vestíbulo.

—Vamos a subir primero —susurró.

Otra vez con los susurros. A Terry no le gustaba cómo sonaban, al igual que no le había gustado cómo sonaban los suyos propios cuando había susurrado en el motel. Susurrar significa que estás asustado y si Mick estaba asustada ahora, tal vez era porque había alguna razón. Y si esa razón estaba arriba...

De nuevo había llegado el momento de tomar una decisión rápida: o subir con Mick o quedarse abajo sola en ese oscuro y escalofriante vestíbulo.

Terry alzó la linterna hacia el trasero respingón, enfundado en unos vaqueros, de su guía. Las escaleras chirriaron, aunque se recordó que eso era debido a que eran nuevas.

El caso es que no parecían nuevas, como tampoco lo parecía nada de lo que había arriba. Quien fuera que hubiera construido ese lugar debía de haberlo hecho basándose en fotografías, como las que utilizaron para crear esos maniqués de cera. O tal vez simplemente habían imaginado qué aspecto debió de tener en aquellos tiempos y habían comprado un montón de chatarra para decorarla. Como ahí en el baño, donde Mick estaba alumbrando una especie de bañera que nunca antes había visto, una con patas.

Y el lavabo era la repera: tenía una cisterna en lo alto y una cadena para tirar. Eso sí que recordaba haberlo visto en alguna parte, tal vez en un libro sobre la época de los colonos.

Pero daba gracias por una cosa: en ese baño no había ducha.

Tal vez el viejo Norman no era partidario de darse duchas. O tal vez aún no se habían inventado las duchas por aquel entonces. Terry se confundía un poco cuando se trataba de detalles de la historia de Estados Unidos; a veces ni siquiera podía recordar la fecha en la que murió Elvis.

La idea de pensar en eso en ese mismo momento, en un lugar así, la tomó por sorpresa; se giró para compartir su reacción con Mick y se llevó otra sorpresa.

Mick no estaba ahí.

—¡Ey! —gritó.

Y su eco resonó por el oscuro y vacío pasillo en forma de una docena de voces que parecieron responderle.

El eco aún no había muerto del todo cuando salió corriendo al pasillo.

—Mick, ¿dónde estás?

—Aquí dentro.

El sonido de la voz de Mick y la luz de su linterna guiaron a Terry hasta la sorprendentemente pequeña habitación que había al otro lado del pasillo. Ahí, la linterna de Mick había tomado el control y estaba jugando sobre las paredes y los muebles. Terry siguió el progreso de la luz y, por lo que reveló, en seguida se dio cuenta de que debían de estar en la habitación de Norman Bates. Tenía que serlo, porque había una cómoda anticuada en lugar de un tocador y, en vez de una cama, un simple catre sin colcha. Estaba claro que no se parecía en nada a esos diseños de habitación tan chulos del Holiday Inn.

Aunque, en realidad, tampoco parecía la habitación de un hombre; era la clase de lugar en la que pondrías a dormir a un niño. Pero en algún momento Norman Bates también había sido un niño.

Terry pensó en ello. ¿Cómo fue el viejo Norman antes de crecer y convertirse en un bicho raro?

Mirar la habitación le dio parte de la respuesta. Ahí no había cosas de deportes, ni pelotas, ni bates, ni cascos, ni siquiera una gorra de béisbol, y no había banderines colgando de las paredes por encima de las dos estanterías que había en una esquina. Las estanterías estaban casi llenas; debía de haber leído mucho. Sin embargo, eso no demostraba que fuera un bicho raro, se recordó Terry; mucha gente solía leer libros antes de que se inventara la televisión. Así que, de todos modos, todo eso no le decía mucho sobre cómo fue en realidad Norman Bates.

Fue la luz de Mick la que ofreció la mejor respuesta cuando iluminó la puerta del armario en la otra pared y se detuvo en una fotografía.

—¡Aquí está!

Y ahí estaba, el pequeño chico sonriente vestido con un peto y sentado en un poni, capturado en un negativo y confinado por un marco. No era que Terry lo viera así. Al mirar la fotografía lo único que se le pasó por la cabeza fue una pregunta: ¿Cómo podía un niño pequeño tan mono crecer y convertirse en un monstruo?

No tenía sentido preguntarle a Mick; ella no lo comprendería. Además, Mick estaba insistiendo otra vez con lo de sus desapariciones y si Terry no se hubiera dado la vuelta a tiempo, no se habría percatado de que había vuelto a salir al pasillo.

—¿Qué pasa contigo?—dijo—. Siempre escabulléndote de mí. ¿Es que tienes que ir al váter o qué?

—No me verás yendo al váter aquí —le respondió Mick. Avanzó por el pasillo y fue hasta una puerta que se abrió fácilmente con un empujón en lugar de con una llave.

Mick movió la linterna hacia delante, como invitándola a pasar.

—El dormitorio de la madre —dijo.

El olor a pintura estaba totalmente fuera de lugar ahí, y así era como Terry se sentía en esa habitación: fuera de lugar. Hablando de historia antigua, la habitación de la madre era una auténtica

antigualla, abarrotada de cosas, la chatarra que te encontrarías en un museo. Pero ahí no había nada que le interesara excepto la gran cama, y eso también resultó decepcionante porque estaba vacía.

Miró a Mick con los ojos entrecerrados por el brillo de la linterna.

—Creí que habías dicho que ibas a enseñarme a la madre.

—Así es —asintió Mick.

—Bueno, pues ¿dónde está?

—Espera un poquito, ¿quieres? —Mick fue hacia la puerta. Después, salió al pasillo y se detuvo tan bruscamente que Terry casi se chocó contra ella—. ¡Espera! —murmuró—. Creo que he oído algo.

Se quedaron quietas un momento, dos pequeñas figuras congeladas en una oscura quietud. Pero eso era todo: sombras alzándose alrededor de ellas y silencio.

Ningún sonido. Nada que temer. El chirrido provenía directamente de sus Reebok cuando salieron al pasillo y bajaron las escaleras. Mick se detuvo al llegar al rellano.

—¿Quieres ver la planta principal?

—¿Está aquí la madre?

Mick negó con la cabeza.

—No, pero está esperándonos.

—¿Dónde?

—En la despensa.

Y ahí es donde fueron; Mick como una dispuesta líder y Terry como una reticente seguidora. No dejaba de decirse que no era una gallina, pero era mentira. Era más que una gallina, era un pajarillo inocentón que se dejaba llevar por Mick y por su exagerada idea de lo emocionante que era todo eso. Tal vez Mick estaba tan emocionada porque había engañado a su viejo, pero Terry no lo veía así. Pasearse por la casa a oscuras y tener que tragarse toda esa peste de los vapores de la pintura no era para tanto. Sí, es verdad, esa figura que se movía en la oficina del motel era una idea bastante chula y la de la ducha que no se movía daba bastante miedo. Pero si eso era todo lo que había que ver, entonces lo más probable era que el viejo

Gordi Otto no terminara apareciendo en el programa *Estilos de vida de los ricos y famosos* por vender entradas. Tendría que ocurrírsele algo más o venirse a menos.

El problema se presentó cuando bajaron. La despensa no era más que un sótano; un sótano con las paredes desnudas. Ni siquiera tenía una de esas grandes calderas antiguas en las que se metía carbón; en su lugar, arriba debía de haber algún sistema de calefacción integrado si pretendían abrir en temporada de invierno. Y no es que a Terry le importaran una mierda una cosa o la otra; ese era problema de Gordi Otto, no suyo. Su problema radicaba en que estaba empezando a notar que tenía que ir al baño y, de todos modos, ¿qué estaba ella haciendo ahí abajo?

—Muy bien —dijo—. Ya estamos aquí. Sigo sin ver nada.

Mick se giró y su cabeza se sacudió bajo el halo de la luz de la linterna.

—Eso es porque estamos solo en el sótano y yo he dicho que estaba en la despensa, ¿te acuerdas? Ahí abajo.

Terry siguió a Mick por las escaleras. Le parecía que la luz de la linterna era cada vez más floja al mismo tiempo que su necesidad de ir al baño era cada vez más urgente. Estaba clarísimo que en la despensa no habría baño, pero tal vez Gordi Otto había puesto uno en la planta principal. Conociéndolo bien, seguro que era un baño de pago. Ahora mismo no le importaba; lo único que quería era echar una ojeada ahí abajo en la despensa y después subir corriendo para soltar una rápida meada.

—¡Ey! —La voz de Mick la sobresaltó—. ¿Qué le ha pasado a tu luz?

Terry miró el débilmente iluminado contorno de su mano sujetando el cilindro de metal. Lo sacudió a la vez que pulsaba el interruptor.

—Deben de haberse acabado las pilas.

—Las mías están bien. —Mick se pasó la linterna a la mano derecha y con la izquierda agarró el pomo de la puerta que había al final de las escaleras.

—¿Por qué no la abres? —preguntó Terry—. ¿A qué esperas?
—Primero prométeme una cosa —le respondió Mick—. Nada de gritos.

—Tienes que estar de broma. Yo no voy a gritar.

—A lo mejor no —dijo Mick—. Pero yo sí que solté un grito bien grande cuando bajé aquí anoche. Claro que había oído todas esas historias sobre el aspecto que tenía la verdadera madre de Norman Bates cuando la encontraron aquí abajo, pero aun así me entró un escalofrío porque el maniquí es tan... es como muy asqueroso.

—Pues a mí no va a asustarme —dijo Terry—. No es más que la figura de una anciana.

—Eso es lo que creía yo. —La sombra de Mick, reflejada en la pared junto a los pies de la escalera, asintió—. Pero me olvidaba de todas las cosas que le había hecho Norman.

—¿Como qué?

—Como matarla, para empezar. Echarles a ella y a su novio una especie de veneno en sus bebidas, he olvidado qué dijeron que era, pero debió de ser un modo de morir terrible porque se puede ver en su cara... o en lo que queda de ella.

—Creía que el viejo Norman la había recompuesto —dijo Terry.

—Para eso primero tuvo que desenterrarla.

Parecía como si Mick estuviera divirtiéndose mucho contándole esas cosas, y Terry deseó que hubiera esperado a que estuvieran en la calle. Ahí abajo hacía demasiado calor, era un ambiente demasiado cargado, demasiado oscuro, demasiado cerrado, demasiado como ese lugar del que el viejo Norman sacó a su madre.

—Debió de ser un par de meses después —dijo Mick—. Así que, para cuando se puso con ella, la mujer podía estar...

—¿Tienes que hablar de esto? —Terry no le dio a Mick la oportunidad de responder—. Además, sé lo que le hizo: taxdermia.

—¡Taxidermia, idiota!

—Bueno, ¿qué más da? La cuestión es que el viejo Norman la disecó.

—Él no lo contó así. Él estaba convencido de que seguía viva. Solían hablar todo el tiempo..., aunque claro, hablaba solo. Pero después de que ese detective empezara a fisgonear, Norman bajó a su madre a la despensa para que nadie la oyera. Ni la viera.

—¡Vale, vale! Vamos a ver a esa vieja bruja y salgamos de aquí. Mick soltó una risita.

—Te he asustado, ¿a que sí? —Su mano izquierda se movió hacia el pomo y la derecha ladeó la linterna de modo que cuando la puerta se abriera, la luz se posara directamente sobre lo que aguardaba dentro.

—¡Prepárate para esta asquerosidad!

Y la puerta se abrió.

Los músculos del cuello de Terry se contrajeron preparándose para vocalizar su reacción ante lo que iba a ver, pero, por extraño que parezca, ningún sonido salió de su garganta y fue Mick la que gritó al contemplar lo que había en la despensa.

O, mejor dicho, lo que no había.

Porque la despensa estaba vacía.

Terry se asomó por la puerta abierta y después se giró hacia su compañera.

—Mick...

Mick no la miró; seguía mirando hacia delante, pero ahora su grito se convirtió en una respuesta inteligible.

—¡No está!

—¿Y?

Mick se giró, le temblaban los hombros.

—Estaba aquí anoche, ¡lo sé porque la vi! Me crees, ¿verdad? Terry asintió.

—Vale, no está. ¿Y tienes que ponerte así por eso?

—No lo entiendes, ¿a que no?

Terry creía que sí.

—Estás fingiendo. ¿Quieres que piense que estás así de nerviosa porque la madre de pronto ha vuelto a la vida y se ha largado de aquí?

—¡Eso es! —Mick logró evitar gritar ahora, pero la mano que sujetaba la linterna estaba temblando. Y bajo el brillo de la luz, Terry se topó con un rostro contraído por el miedo—. Ella no caminaba. ¡Alguien se la ha llevado! Tal vez tenías razón cuando has dicho que habías oído algo. Tal vez alguien ha venido a por ella, tal vez nos han visto...

Ahora el control de Mick sobre su voz pareció solo momentáneo y Terry alargó la mano para agarrarle el hombro en un gesto reconfortante. Mick se dio la vuelta mientras sacudía la cabeza.

—Vamos, ¡tenemos que salir de aquí! —Tropezó cuando echó a correr hacia los escalones y, mientras los subía, la luz de su linterna se desvaneció bruscamente en los confines de la parte alta de las escaleras, dejando a Terry atrapada en la cada vez más profunda oscuridad de abajo.

—¡Espera! ¡Espérame!

Pero las asustadas pisadas ni se detuvieron ni hicieron caso. Terry subía los escalones tambaleándose, con la mano izquierda buscando una barandilla que no estaba ahí, en tanto que el pulgar pulsaba desesperadamente el botón de la linterna sin obtener ningún resultado. Excepto uno. Cuando la mano que sujetaba la linterna se sacudió hacia delante, sus nudillos se estamparon contra la pared y, con esa momentánea punzada de dolor, la linterna cayó al suelo.

La linterna cayó y después el dolor ya no fue una momentánea punzada. El dolor, el nuevo dolor, le atravesó la pierna cuando el cilindro de metal le golpeó el tobillo antes de rebotar por la fuerza del golpe.

Terry emitió un grito ahogado y se estremeció cuando el peso de su cuerpo se trasladó al tobillo lesionado. Con la palma de su mano izquierda contra la invisible pared de la escalera, se encorvó cuidadosamente para recorrer con los dedos de su diestra la hinchazón que ya estaba tomando forma en su Reebok. Sus dedos, que se movían a tientas, soltaron un poco los cordones, pero eso no le calmó el dolor.

Apretando los dientes llegó hasta el rellano del sótano. Ahí, en superficie plana, el dolor era distinto, pero no tenía sentido quejarse. Tampoco tenía sentido gritar porque no oía las pisadas de Mick dirigiéndose a la planta principal. Seguro que había salido de allí a toda leche; tanto alardear de lo valiente que era y al final era Mick la que había sido una gallina todo el tiempo. ¿Qué más daba si alguien había entrado y había robado esa mierda de maniquí? No tendría ningún motivo para haberse quedado por allí después.

¿O sí?

Tal vez Mick sabía algo que no había dicho, tal vez tenía una verdadera razón para estar asustada y por eso había salido de allí corriendo. Terry se dijo que no tendría nada de malo hacer lo mismo, aunque no podía porque estaba herida. Mientras subía por las escaleras del sótano, se preguntó si esa linterna de las narices le habría roto el tobillo. Fuera lo que fuera, lo que estaba claro era que le dolía horrores. Y avanzar a tientas por el oscuro pasillo fue como caminar sobre una cama de carbón al rojo vivo.

En dos ocasiones tuvo que detenerse, y lo único que la hizo seguir adelante cuando llegó a lo alto de las escaleras fue ver la puerta principal abierta, con Mick de pie a su lado. A pesar del dolor cada vez más intenso, Terry aceleró el paso, pero cuando lo hizo, la puerta empezó a cerrarse.

—¡Ey, sujeta la puerta! —gritó.

Automáticamente extendió su mano derecha para cumplir su propia orden, pero la puerta ya se había cerrado y Mick estaba girándose entre las sombras.

Pero esa figura que emergió en el vestíbulo no era Mick... Y la cosa plateada que tenía en su mano alzada no era una linterna.

Amy Haines alcanzó el último tramo del recorrido alrededor de las seis, pero el cielo ya estaba tan oscuro como si fuera medianoche.

Habían pasado tres días desde que había salido de Chicago y dos desde que había dejado Fort Worth para dar la vuelta y volver a comenzar. Lo que más la había impresionado durante las dos primeras noches había sido ver un cielo lleno de estrellas, algo que una larga exposición a la iluminación urbana había borrado de su visión y de su recuerdo. Esa noche, por supuesto, no había estrellas ahí arriba, pero sobre el pavimento las gotas de lluvia resplandecían y brillaban ante sus faros.

Ahora la lluvia era más intensa, acribillaba el suelo y dificultaba la señal de la radio. Amy la apagó con un suspiro y se concentró en el denso tráfico de la hora punta. El volumen máximo de coches a las seis en punto allí era menos de lo que podría esperar encontrarse a las dos de la madrugada en cualquier autopista de Chicago. Hubiera lluvia o no, estaba avanzando. En ocasiones, el camino más largo es el camino más corto a casa.

Al menos eso era lo que no dejaba de decirse. Tenía que haber alguna excusa para hacer lo que hacía; habría sido mucho más sencillo conducir su propio coche directamente desde Chicago en lugar de tomar un vuelo hasta Fort Worth, con la escasa posibilidad de que hubiese algo de interés por allí.

Pero Fort Worth había resultado ser zona catastrófica, y aparte del espectáculo de unos cielos tachonados de estrellas las anteriores noches, no hubo mucho más que ver durante las largas y agotadoras horas que había pasado en la carretera. Y lo que había estado esperando en secreto no había sucedido. No se sentía en absoluto como Mary Crane.

¿En secreto? «Tontamente» era una palabra más adecuada. ¿Cómo podía esperar identificarse con alguien muerto y que se había ido hacía muchos años? El mundo en el que había vivido también estaba muerto; Amy lo descubrió en Fort Worth cuando intentó encontrar un punto de entrada al pasado. En su viaje en el coche alquilado siguió la misma ruta que había seguido Mary Crane, o, al menos, la más parecida que había podido trazar, pero con el paso de los años el paisaje, incluso las propias carreteras, habían cambiado.

Además, no existía parecido entre Mary Crane y ella. Ella no le había robado un fajo de dinero a su jefe y había huido de la ciudad cambiando de coche durante el camino para evitar que la encontraran. Y lo más importante, no se había parado a pasar una noche en el motel Bates. O, mejor dicho, parte de una noche; una noche que terminó con el agua de una ducha salpicando y los cortes de un cuchillo.

Solo había dos cosas que tuviera en común con la desgraciada chica que había muerto antes de que ella naciera: al igual que Mary Crane durante su última noche de vida, estaba conduciendo bajo una tormenta... y se encontraba de camino a Fairvale.

Pero se hallaba en la autopista, no en una carretera secundaria que conducía al motel Bates. Y tanto el motel verdadero como la casa que había más arriba hacía tiempo que ya no existían, al igual que el travestido que asesinó a la chica y, algo después, al detective que fue a buscarla.

Ya no existían, pero no se los había olvidado. Y había cosas que sería mejor que ella no olvidara, como por ejemplo, las vías de salida. Ahí había un cartel anunciando la llegada de una salida hacia Montrose y Rock Center. Fairvale vendría después, o eso creía.

Y no se equivocaba.

Cuando el coche recorrió en espiral la vía de salida, el suspiro de alivio de Amy fue engullido por un trueno. Al girar a la derecha para incorporarse a la carretera del condado que conducía al pueblo, el alivio dio paso a la expectación, resaltada por un brillo que atravesó el cielo como el cuchillo de Norman Bates había atravesado la...

Pero ¿quién le había metido eso en la cabeza? No era momento para esos pensamientos ahora que estaba entrando en Fairvale. La lluvia y la oscuridad humedecieron y ensombrecieron sus primeras impresiones sobre el lugar; a primera vista no parecía distinto de otras miles de pequeñas comunidades esparcidas por el corazón del Medio Oeste estadounidense.

Cosa que, por supuesto, era lo que lo hacía tan fascinante, se recordó. Tantas similitudes entre Fairvale y todos los demás con solo una diferencia significativa: había sucedido ahí. Ahí era donde el cuchillo había cercenado aquellos cuerpos.

Costaba creer, claro, que los asesinatos hubieran tenido lugar a menos de treinta kilómetros de la calle principal de Fairvale. Pero Norman Bates había ido al colegio en ese pueblo, había recorrido esas calles de adulto. Los habitantes lo conocían como amigo y vecino. Probablemente había visitado a algunos en sus casas y había comprado en los establecimientos de por allí. A juzgar por su aspecto, la mayoría de casas y tiendas ya existían por aquel entonces. Fairvale era como algo conservado en una cápsula del tiempo.

Instinto de conservación, la primera ley de la naturaleza. Norman Bates había ido un paso más allá: él mismo había conservado a su madre, la había disecado. Y eso lo convertía en una bomba del tiempo, no en una cápsula, una bomba que había explotado hacía mucho.

Pero ahora no era momento de pensar en eso. Ahora era momento de mirar adelante, hacia el tráfico, y dar gracias a Dios por que los limpiaparabrisas siguieran funcionando. Aparte de

unos cuantos conductores dentro de sus coches, no hubo nadie que se percatara de la llegada de Amy a la plaza de los Juzgados. La reconocía por las fotografías: el asta de granito del monumento conmemorativo de la segunda guerra mundial, el mortero de la guerra hispanoamericana y la estatua de la guerra civil de un veterano de la Unión flanqueando cada lado de la calle. La conservación era el modo de vida de Fairvale.

Pero el edificio anexo era nuevo en comparación y también lo era el hotel Fairvale en la siguiente manzana, al otro lado de la calle. El aparcamiento que había junto al edificio estaba casi vacío y Amy aparcó en una plaza cercana al voladizo que había sobre la entrada. Aun así, deseó haberse llevado un paraguas, porque solo el hecho de acarrear su bolsa desde el coche hasta el refugio del voladizo fue suficiente para dejarla expuesta al frío de la lluvia. Sin embargo, el vestíbulo se hallaba seco y cálido, y para su sorpresa, estaba bien amueblado y parecía cómodo. En ese momento no había otros huéspedes, que ella pudiera ver, y no había rastro ni de un portero ni de un botones esperando a liberarla de su bolsa de viaje. Pero sí que había un recepcionista detrás del mostrador; un joven alto y desgarbado con tez cetrina, ojos verdes y el pelo del color de arena para gatos usada.

Después de dejar a un lado su cómic, centró toda su atención en las necesidades y el bienestar del huésped recién llegado.

—¿Busca a alguien? —le preguntó.

—Soy Amelia Haines. Creo que hay una reserva para mí.

—Oh. —Los ojos verdosos miraron de soslayo el cómic, pero solo por un momento—. ¿Qué nombre ha dicho que es?

—Haines. —Se lo deletreó mientras él consultaba el registro que, al parecer, se encontraba sobre una superficie debajo del mostrador. Estaba claro que el hotel Fairvale no estaba muy puesto en cuestión de ordenadores, así como su recepcionista no estaba puesto en cuestión de corbatas.

No obstante, sí que encontró su reserva y ella no tuvo ningún problema en firmarla, exceptuando el hecho de que no tuvo nada

que poner en el apartado denominado como «Nombre de la empresa». Cuando deslizó el formulario sobre el mostrador, el recepcionista lo miró y se fijó en lo que faltaba.

—¿No trabaja para nadie, señorita?

—Soy autónoma —respondió Amy.

«No es asunto tuyo.» Eso era lo que le gustaría haber dicho, aunque dada la delicada naturaleza de su situación, simplemente asintió. De nada servía causar problemas o estirarse sobre el mostrador para darle a ese entrometido y jovencito gilipollas un golpecito en las costillas. Incluso logró esbozar una sonrisa de gratitud mientras tomaba la llave de la habitación 205.

En ningún momento se mencionó la ayuda de un botones y ella tampoco se molestó en preguntar. Mucho antes de cruzar el vestíbulo y llegar al único ascensor, los ojos verdes situados detrás del mostrador estaban de nuevo intentando desesperadamente descifrar las letras contenidas en los bocadillos que salían de las cabezas de los personajes del cómic.

La habitación 205 era de lo último en el arte de la decoración, si es que la decoración plástica podía considerarse un arte. Pero por lo menos tenía los básicos para una mujer: un espejo, un armario y un teléfono. Amy miró por la ventana y, al ver un tejado plano, se preguntó si cubriría un restaurante o una zona de cocina. No se había molestado en preguntar si el hotel tenía una cafetería y/o un comedor, pero esperaba que los tuviera; lo último del mundo que quería ahora mismo era verse expuesta a lo que estaba sucediendo al otro lado del cristal. Correr las cortinas oscurecía la vista, pero no podía hacer nada por amortiguar el sonido de la lluvia sobre el tejado.

Ahora debería quitarse su ropa empapada y arrugada por el viaje, aunque lo que de verdad quería hacer en ese momento era descubrir lo de la comida. Su reloj decía que eran las ocho en punto y su estómago añadió en forma de posdata que no había recibido nada consistente desde que había parado el coche en una gasolinera durante el mediodía.